

Alejandro Soriano Vallès, *La hora más bella de sor Juana Inés de la Cruz*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Queretano de la Cultura y las Artes, 2008.

¿Quién no ha sido cautivado por la personalidad de sor Juana Inés de la Cruz? Yo no he sido la excepción. Cuando tuve la suerte de estudiar mi doctorado en la Universidad de Tulane hace más de una década, donde además tuve la suerte de estudiar un “minor” en literatura colonial hispanoamericana, mi gusto acendrado por sor Juana me llevó a darme cuenta de las cosas que estaban produciendo los críticos literarios, ensayistas e historiadores norteamericanos e hispanoamericanos que estudiaban la llamada época colonial desde la perspectiva “de género, raza y clase social”. Poco a poco habían creado una imagen casi monstruosa de la Nueva España y de sus mujeres, como Catalina de Erauzo —la afamada monja alférez—, de las religiosas y sus conventos, haciendo blanco especial de su imaginación a sor Juana Inés de la Cruz. Para esta corriente de críticos e historiadores aquélla había sido una época rara, rebuscada, exótica, estrafalaria, estrambótica, que resumían en el adjetivo inglés “bizarre”;¹ y aquellas mujeres su más acabada expresión, ya fuera porque ellas mismas hubieran sido “bizarre” -como las monjas-, o porque su época las hubiera considerado como tales. Entonces me resultaba claro, y con los años acabé por convencerme, que aquellas imágenes estaban en pleito declarado con la realidad de la Nueva España. En los años que tengo de investigación archivística y de estudiar aquella época no he encontrado nada que justifique ni dé sustento a semejante cuadro. Sin embargo, debemos decir en honor a la justicia que esta extraña imagen de la Nueva España y sus mujeres no ha sido compartida por el común de los investigadores. Los trabajos de excelente factura como los de Asunción Lavrin, Rosalva Loreto, Pilar Gonzalbo y por la pionera de todos, como lo fue doña Josefina

¹ El adjetivo bizarro en español significa valiente, esforzado, generoso, lúcido, espléndido. Así lo indica el Diccionario de la RAE y así ha sido utilizado por poetas y escritores desde hace siglos. Lo digo por el mal gusto y muestra de ignorancia de quienes lo usan como en la inglesa, probablemente bajo la influencia de Supermán.

Muriel, entre otros, han arrojado luz haciendo mayor y mejor justicia a la época y sus mujeres.

Emprender la tarea de dismantelar tan inopinadas y poco fundadas interpretaciones sobre sor Juana Inés de la Cruz y su tiempo me parecía algo necesario y a la vez superior a mis fuerzas y líneas de investigación. Sólo me quedaba esperar a que historiadores de mayor ingenio y dedicación tomaran el asunto por su cuenta. Hoy, con enorme gusto, reseño el libro de Alejandro Soriano Vallès que lleva por título *La hora más bella de sor Juana*, en la que, con gran calidad académica y honestidad intelectual ha iniciado el arduo camino de poner las cosas en su lugar por lo que toca a sor Juana Inés de la Cruz, en beneficio de nuestro conocimiento sobre la llamada "Décima Musa" y su tiempo. Es necesario apuntar que Alejandro Soriano es uno de los críticos e historiadores que con mayor profundidad han estudiado la vida, obra y pensamiento de sor Juana, no solamente en su dimensión estética, también en sus profundidades filosóficas, teológicas y dilemas existenciales. Fue merecedor del Premio Nacional de Ensayo sor Juana Inés de la Cruz por el trabajo "La invertida escala de Jacob: filosofía y teología en el *Primero sueño* de sor Juana Inés de la Cruz". Es autor, entre otros textos, de una biografía de nuestra religiosa y de un libro en que se analizan las bases teológicas del pensamiento sorjuanino titulado, *El Primero Sueño de sor Juana Inés de la Cruz. Bases tomistas*, publicado bajo el sello del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, en el año 2000.

El libro que aquí reseñamos es el más reciente de su producción y en éste se propone, con sobrado éxito, dismantelar la imagen que se tejió sobre sor Juana a lo largo del siglo XX, sobre todo en décadas recientes y que corresponde con lo señalado líneas arriba. Soriano debate con habilidad crítica y sobrada erudición con Antonio Alatorre, Martha Tenorio, Octavio Paz, Dorothy Schöns, Darío Puccini y Emil Volek, quienes, no obstante su gran talento y contar con innegables méritos como creadores, críticos e historiadores, entrando al terreno de sor Juana parecen perder toda compostura y serenidad a grado tal que parecen aferrarse a un cúmulo de prejuicios antirreligiosos en lo general y anticatólicos en lo particular. Estos autores, y otros más que con acuciosidad cita Alejandro Soriano a lo largo de su obra, cortaron una sor Juana a su medida resultando aquella mujer en: liberal, rebelde, feminista adelantada, lesbiana, responsable, esotérica, psicodélica, cartesiana, hermética, posmoderna,

estetista, heterodoxa y medio hereje. Imágenes entre las cuales nuestra poetisa no aparece. Bien lo dijo sor Juana a los comentaristas y críticos de su tiempo: “ajena a mí misma entre vuestras plumas ando”. Lo que estos estudios han hecho, nos indica Soriano con gran tino, es vestir a Juana de Asbaje con los harapos de nuestro tiempo, acomodándola a personales agendas culturales y políticas, prescindiendo de toda crítica documental que debe estar en el fondo de todo trabajo que se da a la tarea de estudiar el pasado, incluso en aquellos que no se pretenden como históricos, pero que en realidad lo son. Estas diversas imágenes creadas por los “exégetas sorjuaninos” —como les da en llamar genéricamente Alejandro Soriano— no serían más que un extravío literario de no ser porque han pasado a ocupar un lugar nada despreciable en el imaginario de la gente. De ahí el valor de la obra aquí reseñada que tiene por objetivo realizar este difícil trabajo de crítica hasta regresarnos una imagen más acorde con el tiempo y vida de la misma sor Juana.

Debemos señalar que para juzgar de una obra es necesario atender en primer lugar al método utilizado para construir su propuesta y observar si éste es el más adecuado al intento. Debe quedarnos muy claro que el estudio del pasado no debe ocuparse de apoyar filias o fobias. De lo que se trata es de ser profesionales en la reconstrucción del pasado, un ejercicio que conoce como herramientas de trabajo las propias del historiador. Sea que se trate de hacer historiografía, crítica literaria o biología, en toda hipótesis el conocimiento racional y sistemático del pasado está sujeto a procedimientos específicos, a su propio método. Cualquiera que aborde la reconstrucción del pasado, sea de un personaje o de un acontecimiento, tendrá que utilizar estas herramientas sin importar que su intento sea de crítica literaria. Fallar en esto es errar en lo demás. Todos cuantos quieran estudiar fenómenos del pasado dependen del oficio de historiar y, en principio, así deberán rendir cuentas.

El oficio de historiar trata de la reconstrucción crítica del pasado, en donde el elemento crítico no es un capricho ni debe ser confundido con criticonería. La historiografía es una ciencia en el sentido más profundo y clásico del término y como tal tiene su propio método que es y ha sido, por necesidad, de corte hermenéutico: se estudian los textos por lo que son, en sí mismos, dentro de sus propios y específicos contextos, para comprender el sentido de las acciones humanas. La lealtad a las fuentes y su muy disciplinada

crítica —texto, contexto, sentido— es lo que diferencia a la buena de la mala historiografía, no las filias ni las fobias de los autores. No se juzga a un historiador, o a un estudioso del pasado, insisto, por ser liberal, conservador, católico, anticlerical, feminista, no por sus personales gustos sino por su solvencia crítica, por el buen manejo del método que es tanto como decir de las fuentes. Así de sencillo y así de difícil. Sólo de este modo es posible establecer un diálogo con el pasado y abrir las puertas a su comprensión, en este caso de sor Juana Inés de la Cruz. No tengo la menor duda de que en la elaboración de la obra que aquí reseñamos Alejandro Soriano cumplió cabalmente con este esencial requisito y obligación intelectual.

Un trabajo, del tipo que sea, que se aboque a la reconstrucción del pasado y que prescindiera de los componentes propios del método histórico está condenado a caer en uno de los dos pecados capitales del historiador, si no es que en los dos: el anacronismo y el teleologismo. En el caso del cual se ocupa Alejandro Soriano es claro que los estudiosos sorjuaninos cayeron en los dos. En anacronismo porque se dieron a la tarea de juzgar el pasado por el presente, por ejemplo, acusar al pasado de no otorgarle a la mujer el papel que le fue propio a finales del siglo XX; en teleologismo, porque supusieron que todo el pasado se ordena a justificar nuestro presente, como decir que Cuauhtémoc es el precursor de la independencia de México, o que sor Juana lo es de los liberales y feministas de nuestros días. Entendámonos bien, puede alguien dedicarse a la ficción y ser maravilloso en ello, ser un enorme poeta como lo fue Octavio Paz, pero una cosa es la ficción que es propia de la literatura y otra muy distinta es el oficio de historiar que tiene su propio modo de hacer las cosas más allá de preferencias o abominaciones. El conocimiento histórico es de tipo prudencial, es decir, un acto de la razón que requiere de ponderación y sabiduría, de rigor e imaginación, de apego al procedimiento y libertad creativa.

Bien afinado en la aplicación rigurosa del método histórico, el trabajo de Alejandro Soriano responde a dos preguntas: ¿quién fue sor Juana? y, en este sentido, ¿qué nos revelan sobre esta mujer sus últimos años de vida? En esta obra el debate se centra en los acontecimientos que giran y se derivan de la *Carta Atenagórica*, aquella en que sor Juana plasmara su crítica a un sermón del gran predicador portugués Vieira y cuyos pormenores no viene al caso reproducir en esta reseña. Lo importante es que de estos sucesos los

“exégetas sorjuaninos” deducen que, como resultado de su elaboración, sor Juana quedó en medio de un tornado de problemas políticos, con tintes casi psicóticos entre el obispo de México y el de Puebla, y que fue objeto de las venganzas y misoginias del primero a grado tal que fue obligada a dejar todos sus libros y objetos científicos. Ante semejante atropello no le quedó más remedio a esta mujer que, en un acto de suprema rebeldía, dejarse morir en una peste. Algo así como un suicidio de protesta.

Esta imagen es la que Soriano desmantela con la paciencia y el cuidado de un relojero, y lo hace con los documentos en la mano a los cuales somete a precisa crítica, de la cual deriva argumentos convincentes, bien contextualizados, hasta demostrar que no hubo tales venganzas ni problemas, que aquéllas fueron decisiones coherentes y razonadas propias de una mujer del siglo XVII que buscaba su perfección espiritual, con gran pasión intelectual, que respondió con generosidad a una situación de crisis y hambre en la Nueva España entregando sus más preciados bienes para limosnas a los necesitados y que, al poco tiempo, durante la peste que golpeaba a su convento y a sus hermanas de hábito, rehúsa huir y decide solidarizarse con ellas al punto de dar la vida en su cuidado. Así, usando básicamente el mismo cuerpo documental que los críticos de sor Juana, Soriano nos demuestra lo errado de aquellos juicios, lo mal que fueron utilizadas las fuentes e incluso, en algunas ocasiones, su indebida manipulación. Por sólo este trabajo crítico, el texto de Alejandro Soriano merecería los mayores elogios y debería ser calificado como de admirable trabajo de roturación para futuros estudiosos de la musa.

Alejandro Soriano se sorprende, y con toda razón, de que la imagen creada por estos estudiosos del siglo XX en torno a sor Juana, elaborada con la supuesta intención de “reivindicar a sor Juana”, sea similar a la que quisieron endilgarle sus ofensores en su propio tiempo y de los cuales la religiosa tuvo que defenderse con ingenio. Entre los más notables Soriano refiere al autor de un libelo en contra de su *Carta Atenagórica*, cuyo autor firmaba con el mote de “El Soldado”. Ahora resulta que los estudiosos y “defensores” de hogaño se solidarizaron con los detractores de antaño. Flaco favor le han hecho a la mujer de Nepantla: tenerse que defender en vida de injurias para que, a su muerte, sus futuros “defensores” y estudiosos de su vida y obra se aliaran con sus detractores. Ironías de la vida.

Alejandro Soriano se admira, y yo con él, de las enormes dificultades que estos críticos e historiadores del siglo XX tuvieron para aceptar lo obvio: que Juana de Asbaje fue una mujer de grandes talentos intelectuales y espirituales que, no obstante su condición de hija natural, por su enorme inteligencia y genio se ganó espacios sociales de preponderancia en la corte novohispana a los cuales renunció en beneficio de su vocación religiosa y pasión por el conocimiento —ambas— al grado de entrar en el convento de las gerónimas, forma de vida por la cual mostró entusiasmo y dedicación, siempre con anhelos de perfección, de suerte que en el momento crítico de su vida renunció a sus bienes más preciados e incluso a su propia vida en beneficio de su prójimo. Sorprende la enorme dificultad para comprender que sor Juana Inés de la Cruz fue una religiosa que puso sus anhelos místicos por encima de sus objetivos mundanos o estéticos y que como religiosa vivió y como tal murió. En esta lógica, sor Juana habría alcanzado un ideal de vida muy propio de su tiempo. Como bien lo explicara doña Josefina Muriel, historiadora a quien nadie puede acusar de faltar a sus deberes científicos, el modelo máximo de vida en la Nueva España era la del místico, es decir, el del hombre o mujer que, viviendo un camino de purificación (ascesis) y a través de una vida de oración, trabajo y servicio a su prójimo, lograba el encuentro con Dios.

Es curioso que ya en 1946 don Alfonso Reyes, en su breve y muy sustancioso ensayo sobre las *Letras de la Nueva España*, nos entregara una imagen de sor Juana coherente con las tesis que cincuenta años después desarrollara Alejandro Soriano, lo que no debe extrañarnos pues quien fuera el crítico más importante de las letras mexicanas en el siglo XX, estudió a profundidad la obra de sor Juana. Para Reyes:

La controversia sobre la religiosidad de sor Juana es algo ociosa. Muy natural que, en época de creencias, una criatura de su temple, decidida a vivir para el espíritu, que por eso se hace monja y posee ya sus vislumbres místicas, acabe por entregarse del todo a la piedad [...] Aseidiada por la mundanidad, festejada, busca en el claustro el abrigo de sus letras y, cuando al fin las descifra todas, alcanza la caridad sin mácula. Cuando ya nada le faltaba, descubre que le falta todo.

Para don Alfonso Reyes, en su “camino de perfección” la vida de sor Juana conoce cuatro “moradas” —al estilo de santa Teresa de

Ávila—. La primera, su infancia en su pueblo natal, donde muestra su precoz talento; la segunda, en la corte virreinal, “apogeo del encanto femenino y sabiduría”; la tercera, su refugio en el claustro, el cual le otorga el necesario respeto para una mujer que rehúsa el matrimonio y que se niega a ser “pared blanca donde todos quieren echar borrón”, y cuarta, “la puerta estrecha”, en que se entrega a la vida ascética, sacrificando sus pertenencias en limosnas, hasta morir con y por sus hermanas. Con la agudeza propia de Reyes, concluye: “la rodeó el aplauso, pero también la hostilidad; pues, de uno y otro modo, todos querían reducirla a su tamaño”.

Bien haríamos en seguir el buen ejemplo de doña Josefina Muriel y de don Alfonso Reyes y escuchar con mayor atención, como lo hace Alejandro Soriano, lo que la misma sor Juana dijo sobre sí misma a su tiempo y al mundo. Con tal fin quisiera concluir esta reseña con un soneto en que ella se pintó de cuerpo entero:

En perseguirme, Mundo, ¿qué interesas?
 ¿En qué te ofendo, cuando sólo intento
 poner bellezas en mi entendimiento
 y no mi entendimiento en las bellezas?

Yo no estimo tesoros ni riquezas;
 y así, siempre me causa más contento
 poner riquezas en mi pensamiento
 que no mi pensamiento en las riquezas.

Y no estimo hermosura que, vencida
 es despojo civil de las edades,
 ni riqueza me agrada fementida,

teniendo por mejor, en mis verdades,
 consumir vanidades de la vida
 que consumir la vida en vanidades.

Jorge E. TRASLOSHEROS
 Instituto de Investigaciones Históricas
 Universidad Nacional Autónoma de México